

1) La preminencia en el gasto público y privado cambia del consumo a la inversión, tanto para impulsar la economía en el corto plazo cuanto para afianzar el futuro, el empleo y los ingresos de nuestra gente en el largo plazo.

2) La retórica del pasado se convierte en las acciones del presente, al ensalzar el trabajo y la familia en cada aspecto de nuestra vida.

3) El déficit federal se reduce de manera importante, con honestidad y credibilidad (con base en los cálculos más conservadores de los ingresos gubernamentales y no en los más optimistas, como ocurrió a menudo en gestiones anteriores).

4) La confianza de los ciudadanos se ganará al solventar estos planes reduciendo el despilfarro y la ineficiencia gubernamentales: con recortes, sin artilugios, en el gasto público, y con equidad, para variar, en la manera de distribuir la carga.

Quiero hablar sobre lo que el gobierno puede hacer, porque creo que debe hacer más por el pueblo trabajador. Sin embargo, no puede hacerlo solo. El sector privado es el motor del crecimiento económico, como cada uno lo puede ser del cambio de la propia vida. El gobierno debe ofrecer al pueblo más oportunidades, pero también, en reciprocidad, exigir más responsabilidades.

Nuestra prioridad inmediata es crear empleos. Algunos dicen que la economía se encuentra en recuperación. Todos lo esperamos, pero es evidente que no se generan suficientes puestos de trabajo y, sin ello, ninguna recuperación vale la pena. Solicito que el Congreso apruebe un conjunto de medidas que destinarán poco más de 30 000 millones de dólares a crear medio millón de empleos para reparar carreteras, reconstruir aeropuertos, renovar viviendas y reanimar a las poblaciones rurales, así como para diseminar oportunidades y esperanzas entre los jóvenes con el establecimiento de casi 700 000 empleos durante el verano próximo. Invito a los líderes empresariales a unirse en este esfuerzo y crear, juntos, un millón de empleos de verano en las ciudades y las zonas rurales pobres.

El horizonte de nuestro programa es de largo plazo; aspiramos a ir más allá del actual ciclo económico y extenderlo

hasta el próximo siglo. Se busca alentar la inversión pública y privada en aspectos clave para el futuro económico. Con el plan de reducción del déficit fiscal se incrementará el ahorro disponible para la inversión privada, descenderán las tasas de interés, disminuirá la parte del presupuesto federal destinada al pago de intereses y se reducirá el riesgo de perturbaciones financieras en perjuicio de la economía. A largo plazo ello propiciará una mayor tasa de crecimiento, avances en la productividad, salarios más altos, nuevos empleos de calidad y una mejor posición competitiva en la economía mundial.

Para cumplir las metas de inversión pública y baja del déficit fiscal, algo que a ningún gobierno le había tocado hacer al mismo tiempo, se debe reducir el gasto gubernamental y aumentar los impuestos. Los recortes del gasto se pensaron con cuidado para tratar de minimizar los efectos económicos desfavorables, aprovechar los dividendos de la paz en favor de la inversión y reinvertir la tendencia presupuestaria del consumo a la inversión. Tanto los aumentos impositivos como las reducciones de gastos se orientan a que el costo de este programa lo asuman quienes pueden hacerlo con más facilidad.

Es menester mejorar la situación de las empresas del país ofreciéndoles tasas inferiores de interés, más estímulos para invertir, mejor capacitación laboral y mayor fortaleza de la clase media. Como las pequeñas empresas han generado gran parte de los empleos nuevos de los últimos 10 o 15 años, se prevén audaces incentivos para ellas. Uno es un crédito impositivo por inversiones para las empresas con ingresos menores de 15 millones de dólares, que son alrededor de 90% del total y ocupan cerca de 40% de la fuerza laboral. Asimismo, se proponen recompensas adicionales para los empresarios que asuman nuevos riesgos, se facilitará el acceso a las nuevas tecnologías y se atenderá el problema de la escasez del crédito que las pequeñas empresas necesitan para prosperar y florecer.

Con una nueva red de bancos de desarrollo comunitario y recursos por 1 000 millones de dólares, se pueden llevar esperanzas y empleos a

comercios y fábricas desde el sur de Boston hasta el sur de Texas y el centro-sur de Los Ángeles. El programa prevé inversiones en carreteras, puentes, ferrocarriles de alta velocidad y sistemas de información de tecnología avanzada. Además, incluye el esfuerzo de cuidado ambiental más ambicioso de nuestra época.

En el umbral del nuevo siglo el crecimiento depende, como nunca antes, de la apertura de nuevos mercados y la expansión del intercambio mundial. Es necesario, por tanto, insistir en favor de reglas claras en el comercio internacional. Nuestra estrategia debe acrecentar el comercio en términos justos, lo cual incluye la culminación exitosa de la ronda de negociaciones multilaterales y del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, con salvaguardias apropiadas para los trabajadores y el ambiente.

No basta aprobar un presupuesto o lograr un acuerdo comercial. Es indispensable hacer un esfuerzo decidido, con objetivos precisos, para crear los empleos de alta tecnología del futuro; particular atención merecen industrias claves para el siglo XXI, aunque ahora en problemas, como la aeroespacial y las aerolíneas. Asimismo, se debe prestar ayuda especial a las áreas y los trabajadores afectados por los recortes en el presupuesto de defensa y otros ajustes económicos.

Economía de la salud

Empresarios, trabajadores y gobierno deben marchar juntos en pos del cambio. Sin embargo, los esfuerzos por fortalecer la economía fracasarán si no hay avances firmes en la reforma del sistema de salud. De no modificarse la tendencia actual, la mitad del aumento del déficit durante el resto del siglo provendría de los onerosos costos del cuidado de la salud: para el año 2000, casi 20% del ingreso nacional se gastaría en ese rubro. Las familias carecerán de una seguridad completa, las empresas no se fortalecerán y el gobierno no tendrá una solvencia plena si persiste la crisis del sistema de salud. Además de amenazar el bienestar de millones de connacionales, el aumento de los costos y la insuficiencia de los

servicios debilitan a la economía. La reducción de los costos del cuidado de la salud liberará cientos de miles de millones de dólares para crear empleos. La reforma del sistema de salud es esencial, sin duda, para reducir el déficit público y elevar la inversión.

Esta primavera enviaré al Congreso un plan de reforma global del sistema de salud que por fin controlará los costos y brindará seguridad a todas las familias, de modo que a ninguna se le niegue la cobertura necesaria, pero sin comprometer nuestro futuro económico. Eliminaremos el fraude, las facturas exorbitantes y los trámites excesivos que abruman a usuarios y médicos. Al mismo tiempo, deberemos mantener la calidad de los servicios —la más alta del mundo— y contar con las oportunidades que merecemos. Los estadounidenses esperan que nos ocupemos del sistema de salud y lo haremos desde ahora.

Tal vez el cambio principal que entraña la nueva orientación es que da prioridad al futuro y las inversiones en favor de nuestros hijos. Cada día de demora encarece los costos. A la mitad de los niños de dos años no se les inmuniza contra enfermedades mortales. Con nuestro plan se aplicarán vacunas a todos los niños con derecho a recibirlas. Además, ahorraremos diez dólares por cada dólar gastado en evitar enfermedades infantiles que se pueden prevenir. El programa nutricional de bebés, niños y mujeres se ampliará para atender a cualquier futura madre que lo requiera.

Educación, empleo y nuevos valores

El programa Talento Inicial, cuyo propósito es preparar a los niños para la escuela, tiene una historia triunfal. Ahorra dinero, pero apenas comprende a un tercio de los niños que podrían aprovecharlo. Ahora se pretende ampliar la cobertura a todos los niños con los requisitos correspondientes. Invertir en los dos programas anteriores no sólo es justo, sino también inteligente. Por cada dólar que hoy se invierta, mañana ahorraremos tres.

Estados Unidos debe exigir más a los estudiantes, maestros y escuelas. Y se les deben dar los recursos

necesarios para alcanzar rendimientos elevados. Debemos unir a empresas y escuelas para establecer nuevos cursos curriculares a fin de proporcionar a los jóvenes las destrezas que requieren para encontrar empleos productivos.

La educación permanente debe beneficiar a los trabajadores durante toda su carrera profesional. Se calcula que los jóvenes de 18 años de edad cambiarán, en promedio, siete veces de empleo a lo largo de su vida.

Durante los últimos tiempos se ha hecho mucho en materia de capacitación laboral, pero de manera demasiado dispersa. Es imperioso establecer un sistema nacional unitario, racional y dinámico que proporcione la capacitación necesaria a los trabajadores.

Otra tarea básica es impulsar un programa nacional de créditos para estudios universitarios cuyos beneficiarios retribuyan al país con la prestación de servicios comunitarios. La relevancia histórica de ello es equiparable con las leyes de donación de tierras para centros académicos y otorgamiento de becas a veteranos de guerra, así como a la de la iniciativa del presidente Kennedy de crear los cuerpos de paz que moldearon el carácter de toda una generación de estadounidenses. Los historiadores del futuro que deban su formación al programa de servicio nacional reconocerán este esfuerzo visionario.

Junto con la convicción de la importancia del empleo, la educación y la recompensa del trabajo, existe la de restaurar los valores que hacen especial a Estados Unidos. La dignidad del trabajo debe ser la dignidad de los trabajadores. Con la nueva orientación se puede hacer una promesa solemne a quienes curan a los enfermos, educan a los niños y ejecutan las tareas más difíciles. Haremos historia al ampliar el crédito fiscal por ingresos percibidos. Se recompensará el trabajo de millones de estadounidenses pobres al hacer realidad un principio tan poderoso como simple: quien labora tiempo completo no debe vivir en la pobreza.

En el curso de este año ofreceremos un plan para transformar el sistema de asistencia social. Nadie desea más cambiarlo que quienes se encuentran atrapados en él. A los beneficiarios de la asistencia social se les ofrecerá la educación, la capacitación, el cuidado

infantil y el servicio de salud que necesitan para levantarse de nuevo. A la vuelta de dos años, ellos tendrán que volver a trabajar, en el sector privado si es posible y en el sector público si es necesario. Es tiempo de acabar con la asistencia social como forma de vida y convertirla en camino hacia la independencia y la dignidad personal.

El próximo gran objetivo es fortalecer a la familia. Es hora de exigir que los padres sean más responsables por sus hijos; se ajustarán cuentas con aquellos reacios a sostenerlos. Es indispensable proteger a las familias de la violencia criminal que amenaza al país y quebranta nuestras comunidades. Se requieren leyes severas contra el crimen, la presencia de 100 000 policías más en las calles y el establecimiento de campos especiales para quienes perpetran por primera vez delitos no violentos, a fin de tener más espacio en las cárceles para los criminales reincidentes. También conviene mantener las armas fuera del alcance de los delincuentes. Si el Congreso aprueba el proyecto de la ley Brady, sin duda lo firmaré.

Para hacer que el gobierno trabaje en favor de los contribuyentes comunes y no de los grupos de interés, es necesario reformar el sistema político. Pronto solicitaré al Congreso la aprobación de un proyecto legislativo sobre el financiamiento de las campañas políticas, cuyo propósito es reducir el poder de los grupos de interés e incrementar la participación popular. Se deben terminar las deducciones por el cabildeo de grupos de interés y destinar los recursos a despejar el sistema político. La legislación respectiva debe aprobarse con rapidez para descubrir las actividades de los cabilderos.

Combate del déficit fiscal y distribución de costos

Para un cambio radical, sin embargo, el gobierno debe subsistir de acuerdo con sus posibilidades reales y ello comenzará desde la cima. En días recientes se redujo 25% el personal de la Casa Blanca, con lo cual habrá un ahorro de unos diez millones de dólares. También se ordenaron recortes administrativos en los presupuestos de

las agencias y departamentos, mientras que en la burocracia federal se eliminarán unos 100 000 puestos y se obtendrá un ahorro conjunto de 9 000 millones de dólares. Es impostergable que el gobierno sea tan frugal como cualquier familia estadounidense. Felicito al Congreso por la decisión de tomar medidas similares para reducir costos. Juntos podemos demostrar que atenderemos las exigencias del pueblo de Estados Unidos.

Sin embargo, debemos ir más allá si en verdad queremos reducir los gastos. Esta noche solicito que los salarios en el gobierno federal se congelen durante un año; recomiendo que posteriormente dichos sueldos aumenten un punto menos que la tasa de inflación. Además, propongo 150 recortes en rubros específicos del presupuesto.

Debemos reconstruir el gobierno para que funcione con eficiencia. Alentaremos una reforma educativa innovadora para mejorar el aprendizaje, no sólo para gastar más dinero. Usaremos los recursos disponibles para combatir la contaminación del ambiente, no para pagar más a los abogados. Las regulaciones bancarias federales deben garantizar la seguridad de los ahorradores y la solvencia de las instituciones financieras, pero no propiciar restricciones crediticias vanas. Asimismo, cambiaremos la orientación de los programas de asistencia social y los transformaremos de programas de prestaciones a programas de rehabilitación.

Durante años se ha hablado acerca del déficit presupuestario, pero han sido muy escasos los esfuerzos reales para aliviarlo. Nuestro plan lo hace, pues aborda el problema con seriedad y una concepción de largo plazo. Se emprenderán, al mismo tiempo, una de las mayores reducciones deficitarias y uno de los cambios más profundos de la historia en las prioridades federales. No se abatirá el déficit sólo por la recomendación de los expertos, sino porque mientras más fondos se destinen a pagar la deuda resultante, menos dólares se invertirán en el empleo, la educación y el futuro del país. Ello se debe hacer a fin de abrir más oportunidades para que las familias puedan financiar los estudios universitarios de sus hijos y éstos puedan adquirir una casa propia, las empresas inviertan más en la



*menos que tengamos el valor
para empezar a construir nuestro
futuro y no tomar más préstamos
de él, nos estaremos condenando
a un prolongado período de
estancamiento económico general*

capacitación laboral y la renovación de equipos, y el gobierno realice las inversiones necesarias para tener una nación más fuerte, mejor educada y más segura.

De no actuar ahora, dentro de diez años tal vez ni siquiera se pueda reconocer a este país. Si persistiera la tendencia de los últimos cuatro años, a fines del decenio el déficit federal llegaría a 625 000 millones de dólares al año, la deuda pública equivaldría a 80% del producto interno bruto, el pago de los intereses respectivos sería el programa gubernamental más costoso y Estados Unidos permanecería como el país más endeudado del mundo, con una enorme dependencia de los capitales foráneos para financiar las inversiones internas.

Hacia 1997, en contraste, nuestro programa disminuirá el déficit presupuestario en 140 000 millones de dólares, en virtud del incremento real de los ingresos y una de las mayores reducciones en los gastos por un gobernante de Estados Unidos. Con los 150 recortes específicos propuestos, los gastos federales disminuirían en 246 000 millones de dólares. Se eliminarán programas que ya no son necesarios, como los de investigación y desarrollo nuclear. También se prevé

reducir considerablemente los subsidios y cancelar programas desperdiciadores de recursos. Así como emprenderemos nuevos planes, debemos eliminar otros viejos. El gobierno ha sido un estupendo creador de planes, pero ahora debe demostrar también que puede limitarlos.

La reestructuración de las fuerzas armadas permitirá hacer frente a las nuevas amenazas de la posguerra fría, así como reducir el presupuesto de defensa de manera responsable. Pero nadie puede dudar de que los hombres y las mujeres al servicio de la bandera estadounidense serán la fuerza de combate mejor preparada y equipada del planeta.

Con el respaldo de un sistema eficaz de defensa nacional y una economía más fuerte, Estados Unidos estará preparado para ser el líder de un mundo que se enfrenta a conflictos étnicos, la proliferación de armas de destrucción masiva, el avance global de la revolución democrática y el deterioro ambiental.

Nuestro programa económico es ambicioso, pero indispensable para mantener la grandeza de Estados Unidos. Para sufragar el costo se recortarán los gastos gubernamentales, se pedirá mayor contribución a

quienes se beneficiaron más en el pasado y se solicitará a más estadounidenses que aporten hoy para que todos prosperemos mañana.

Solicito que la tasa del impuesto federal sobre ingresos de quienes ganen más de 180 000 dólares anuales aumente de 31 a 36 por ciento; propongo también un gravamen adicional de 10% para quienes tengan ingresos anuales mayores de 250 000 dólares, y el cierre de algunos escapes tributarios que permiten a algunas personas no pagar ningún impuesto. Para las empresas con ingresos gravables de más de 10 millones de dólares, se propone incrementar el impuesto corporativo a 36% y reducir las deducciones por gastos de representación.

El programa ataca las disposiciones fiscales que orillan a las empresas a irse al extranjero. Asimismo, con base en una recaudación eficaz de impuestos, se procurará que las compañías extranjeras que ganan dinero en el país paguen los mismos impuestos que las empresas estadounidenses.

Los ciudadanos de clase media que pagaron mucho durante los últimos 12 años ya no están solos. No serán otra vez quienes paguen más y reciban menos. La tasa del impuesto sobre la renta no subirá para 98.8% de las familias; el aumento se limita a la élite de las más ricas, apenas 1.2 por ciento.

Tampoco disminuirán los beneficios del seguro médico. Habrá reajustes en los pagos a médicos, hospitales y laboratorios para controlar los costos del cuidado de la salud, pero ello es un remedio transitorio mientras se reforma el sistema a fondo. Cabe reiterar que no se plantea ninguna reducción adicional en los beneficios del seguro médico.

El único cambio en esta materia es la petición de que contribuyan más los ancianos con ingresos elevados, lo que no afecta a 80% de los beneficiarios que no pagan impuestos por ese servicio.

El programa económico incluye un impuesto sobre la energía, con base en el contenido calórico, por ser la mejor opción para obtener ingresos que permitan reducir el déficit, ampliar las inversiones, fortalecer la lucha contra la contaminación, estimular el uso eficiente de la energía y disminuir la dependencia externa del país en la

materia.

En conjunto, tales medidas costarán menos de 17 dólares por mes a cada familia con un ingreso anual de aproximadamente 40 000 dólares. Nada les costarán a las familias con ingresos menores de 30 000 dólares, en razón de los efectos de otras medidas tributarias.

Ante la voluntad manifiesta de reducir el déficit presupuestario, desde la jornada electoral las tasas de interés a largo plazo han ido en descenso. Para la clase media, ello significa que el encarecimiento de la energía se compensará por los menores costos de los préstamos hipotecarios, las tarjetas de crédito y los financiamientos para el consumo.

Cualquiera que sea la opinión acerca de las políticas fiscales esbozadas, es pertinente considerar los costos de no cambiar y reorientar el rumbo del país. Si seguimos como hasta ahora, a fines de los noventa el déficit presupuestario anual ascenderá a 650 000 millones de dólares, la atención médica absorberá 20% del ingreso nacional y 20 centavos de cada dólar se destinarán al servicio de la deuda.

A menos que tengamos el valor para empezar a construir nuestro futuro y no tomar más préstamos de él, nos estaremos condenando a un prolongado período de estancamiento económico general, lenta creación de empleos, nulo crecimiento de los ingresos, más endeudamiento y nuevas desilusiones.

Peor aún, a menos que aumenten las inversiones, baje la deuda y mejore la productividad para generar empleos e ingresos, condenaremos a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos a una vida de menor calidad a la que disfrutamos nosotros.

Hace tiempo se avizoraba que el nivel de bienestar del pueblo estadounidense se podría duplicar cada 25 años; con las tasas de productividad actuales, harían falta 100 años, es decir, hasta que nacieran los nietos de nuestros nietos. Es una espera demasiado larga.

El llamado del cambio



Nuestro pueblo sabe que Estados

Unidos debe cambiar, pero es probable que se pregunte si tenemos la fortaleza para hacer realidad los cambios.

Todos sabemos que en cuanto abandonemos este recinto los grupos de interés tratarán de detener los cambios propuestos y las fuerzas del pensamiento tradicional ofrecerán mil razones para no realizarlos. Los ciudadanos observarán y se preguntarán si las cosas permanecerán igual.

Se deben traspasar los muros del escepticismo de la gente no con palabras sino con acciones.

Luego de tantos años de pasividad e indecisión, después de tantos comienzos esperanzadores y de pocas promesas cumplidas, el pueblo nos juzgará con dureza si desaprovechamos esta ocasión.

El programa económico no puede complacer a todos. Si se considera en partes, habrá algo que disguste a cada uno de nosotros, pero en conjunto nos ayudará a todos. Hay que resistir la tentación de concentrarse en el recorte de gastos no gratos o en alguna inversión pendiente.

A nadie le gusta pagar más impuestos. Simplemente hacemos frente a los hechos: los ingresos tributarios han permanecido estancados durante veinte años, la deuda pública se disparó y la productividad no creció como debía.

No podemos evadir más a nuestra realidad. Debemos jugar con las cartas que nos dejaron lo mejor que podamos.

La esencia de este programa no es ¿qué hay en él para mí?, sino ¿qué hay en él para nosotros?

Si trabajamos juntos con empeño, si nos dedicamos de nuevo a crear empleos, recompensar el trabajo, fortalecer nuestras familias y reinventar nuestro gobierno, volveremos a levantar la riqueza del país.

Esta noche pido a todos los presentes y a cada estadounidense que miren dentro de su corazón, enciendan sus propias esperanzas y despierten su imaginación.

En Estados Unidos hay tanto de bueno, tantas posibilidades, tanto entusiasmo, que si actuamos con audacia y honestidad —como deben hacerlo los líderes— nuestro legado será de prosperidad y progreso.

Ésta es la nueva orientación del país. Tengamos la valentía de seguirla.